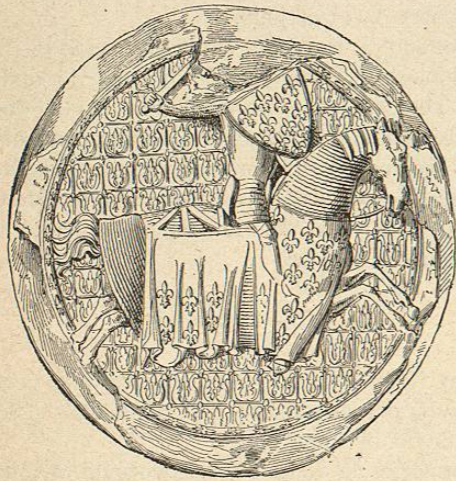


guardia francesa, y á marchas forzadas, adelantándose á sus bagajes, iba á situarse á algunos kilómetros al Sudeste de Poitiers, cerca de Maupertuis, en una posición muy fuerte, como había hecho Eduardo III en Creci.

El 18 de septiembre el ejército inglés estaba atrincherado en el borde de una especie de meseta ondulada, llamada los Plains de Maupertuis, defendido en los flancos por pendientes bastante rápidas, cortadas por setos y por zanjas, y á la espalda por el río de Miausón. En la mañana del 19, el príncipe de Gales hizo ocupar también una colina inmediata que dominaba su campamento. Los franceses llegaron á la meseta. Los



Sello del conde de Poitiers

ingleses eran cerca de diez mil, los franceses cincuenta mil, si se ha de creer en ciertos textos, y en todo caso muy superiores en número á sus adversarios (1). El rey Juan, muy confiado, «montado en un blanco corcel, miraba de vez en cuando á sus gentes y alababa á Dios de que viese tan gran muchedumbre, y decía en voz alta: «Entre vosotros, cuando estabais en París, en Chartres, en Ruán ó en Orleans, amenazabais á los ingleses y deseabais veros con el capacete en la cabeza delante de ellos. Pues bien, ya ha llegado el caso: ahí los tenéis.»

Eustaquio de Ribemont, buen caballero, pero de cortos alcances, encargado del servicio de reconocimiento, exploró de modo muy deficiente la posición de los ingleses. En vista de sus informes se decidió dar la batalla, á pesar de las prudentes advertencias que se dieron al rey de Francia. El mariscal Juan de Clermont declaró que sería una locura «atacar á los ingleses donde están;» valía más cercarles y reducirles por hambre. Pero como el mariscal de Andrehem pareció dudar de su valor: «No seréis hoy tan atrevido, dijo Clermont, que pongáis el hocico de vuestro caballo en el culo del mío.»

El ejército francés estaba dividido en varias «batallas,» la primera mandada por el duque de Normandía, la segunda por el duque de Orleans, hermano del rey, y la tercera por el mismo rey en persona; y debían obrar

(1) La historia de la batalla de Poitiers ofrece todavía muchas dificultades. Véanse los estudios críticos de E. M. Thompson, en las notas de la *Chronique de la Baker de Savynbroque*, págs. 300-304, y del P. Denifle, *La désolation des églises*, etc., págs. 120-134,

sucesivamente. El ataque se realizó por hombres de armas á caballo, «montados en corceles escogidos» (*montés sur fleur de coursiers*), llevando á su cabeza al mariscal de Clermont, que fué herido mortalmente desde el principio. Después la primera «batalla» entró en línea: Desde sus dos posiciones los arqueros ingleses, enteramente á cubierto, tiraban, cruzando sus tiros, sobre la espesa columna de los hombres de armas franceses. Después de una lucha encarnizada, la «batalla» del duque de Normandía fué puesta en derrota. El segundo cuerpo de ejército, mandado por el duque de Orleans, no hizo nada y se retiró; ninguna relación habla de él. Entonces el rey, viendo esta derrota, mandó echar pie á tierra á los caballeros de su batalla. Los ingleses parecían agotados; sus arqueros ya no tenían flechas, arrancaban las de los heridos ó se batían con la espada. Pero con algunos hombres de armas y cien arqueros, uno de sus más valientes capitanes, el caudillo de Buch (2), aprovechándose de un pliegue del terreno, atacó por retaguardia á la tercera batalla francesa, introduciendo el desorden. En la vanguardia, el rey Juan combatía como un bravo caballero. Juan Chandos había dicho al príncipe de Gales: «Dirijámonos hacia vuestro adversario el rey de Francia. Bien sé yo que por valentía no huirá.» El grupo donde se encontraba el rey de Francia estaba acorralado entre una cantera y una viña. Godofredo de Charni, «el perfecto caballero,» derribó al primero que quiso poner la mano encima del rey, pero fué muerto teniendo la bandera de Francia entre sus manos. En fin, Juan y su tercer hijo Felipe, que no se había separado de él, se rindieron á un caballero de Artois. A las tres todo había concluído: «Y allí murió toda la flor de la caballería de Francia,» veintidós mesnaderos y dos mil cuatrocientos veintiséis hombres de armas.

El príncipe de Gales había hecho izar su estandarte sobre un alto matorral y ordenado á sus ministriles que tocaran. Se levantó para él un pabellón encarnado, donde se refrigeró. Como preguntase qué se había hecho del rey de Francia, sus dos mariscales subieron á un cerro y divisaron «una gran multitud de gente de armas, todos á pie y que venía muy lentamente.» Era Juan, á quien se disputaban ingleses y gascones. Los mariscales le libertaron y lo condujeron ante el príncipe, quien se inclinó delante de él y le obsequió con vinos y dulces en señal de «gran amor.» Por la noche le ofreció una cena en Savigni y le colmó de atenciones caballerescas. Al día siguiente, cuidadoso antes que todo de poner en seguridad al rey de Francia, volvió á emprender el camino de Burdeos á pequeñas jornadas. Su ejército estaba cargado de botín y obstruído de prisioneros. El invierno estaba demasiado próximo para que pudiese hacerse el viaje de Inglaterra. El príncipe y el rey permanecieron en la abadía de San Andrés, en Burdeos, hasta la Cuaresma.

En abril de 1357, después de haber pactado una tregua de dos años, Juan y el príncipe se embarcaron; la flota tardó veinticuatro días en el viaje, y en 1357 el 24 de mayo desembarcaron en Plymouth. El 25 el rey entraba en Londres, «montado en un blanco cor-

(2) El *capitán* de Buch era el nombre de uno de los feudos más importantes de la región de Landes, cerca de la concha de Arcachón.

cel, el más hermoso y más grande que hubiese en toda Inglaterra, muy bien armado y aparejado de todo lo necesario, y á su lado el príncipe de Gales sobre una jaquita negra.» La muchedumbre era tan considerable, que el cortejo, que había atravesado á las nueve el puente de Londres, no llegó al palacio de Westminster hasta mediodía. Juan fué instalado en el palacio de Saboya. Debía permanecer en Inglaterra tres años y dos meses, los cuales pasó en el palacio de Saboya, después en los castillos de Windsor, de Hertford y de Sómerton, y, finalmente, en la Torre de Londres.

En el palacio de Saboya, el rey Eduardo y la reina Felipa le visitaron á menudo. Como sólo estaba vigilado á distancia, iba á cazar y á «distrarse» cuantas veces quería alrededor de Londres. En Windsor, los señores franceses prisioneros iban á hacerle compañía. Asistía á las justas y á los torneos. Únicamente en el último año, en 1359, el régimen se hizo más severo; el rey se vió obligado á enviar á Francia á treinta y cinco criados y servidores, pero retuvo todavía á su lado á treinta y seis. Su mesa estaba provista de las especias más raras: de Francia le enviaban aceite, caza mayor y vino. Tenía órganos, compró un arpa y sostenía ministriles. Se daba el placer de una riña de gallos. La adquisición de un reloj portátil le interesó vivamente. Leía romances caballerescos, consultaba á su astrólogo y se hacía distraer por su bufón. Por lo demás, era bueno y benévolo; se ocupaba de sus servidores enfermos, pagaba para ellos los médicos, las medicinas y los entierros, y distribuía limosnas, generalmente secretas, en los conventos de la vecindad. Hizo dar algún dinero á una pobre mujer de Londres «á quien uno de los lebreles del rey, que iba retozando, le hizo derramar la leche.» Para permitirle vivir así, sus súbditos, sobre todo los burgueses de las ciudades, le enviaban mucho dinero, que todavía no le bastaba. Como el vino de Francia gustaba mucho en Inglaterra, Juan mandó á buscar vino del Langüedoc y lo vendió; y hasta dió salida á sus malos vinos, que sus maestresalas vendieron «ocultamente.» Después empezó á vender sus caballos. De esta manera aguardó la hora de su libertad.

CAPÍTULO II

ESTEBAN MARCEL Y LOS ESTADOS GENERALES (1)

I. Después de la derrota.—II. Los Estados de 1356.—III. Los Estados de 1357.—IV. La vuelta del rey de Navarra.—V. El delfín fuera de París.—VI. *La Jaquerie*.—VII. Fin de Esteban Marcel.

I.—Después de la derrota

En Poitiers, después que los burgueses hubieron enterrado los muertos, el alcalde prohibió todo festín y la ciudad estuvo de luto. Los Estados del Langüedoc, reunidos en octubre, decidieron que durante la cautivi-

(1) FUENTES.—Véanse las crónicas y colecciones indicadas en la pág. 434. *Ordonnances des rois de France*, II, 1732. S. Luce, *Pièces inédites relatives à Etienne Marcel*, «Bibliothèque de l'Ecole des Chartes,» XXI, 1859-1860.

OBRAS DE CONSULTA.—Secousse, *Memoires pour servir à l'histoire de Charles le Mauvais*, 1758. Perrens, *Etienne Marcel*, 2.^a edición, 1875. S. Luce, *Examen critique de l'ouvrage intitulé Etien-*

dad del rey, «ningún hombre ni mujer, por espacio de un año, si el rey no recobraba antes su libertad, llevaría oro, ni plata, ni perlas, ni vero, ni gris, vestidos ni chaperones festoneados, ni otras *cointises* cualesquiera, y que los ministriles juglares no podrían ejercer su oficio.»

Así la desgracia del rey era llorada por sus súbditos. Pero el reino fué «duramente perturbado é irritado.» La cólera del pueblo se desencadenó contra los nobles. Al fin de la batalla de Poitiers había habido pánico; algunos caballeros habían huído; otros, sin combatir, habían rendido su espada á simples criados. El cronista Juan de Venette se desata en improprios contra esa nobleza vana y corrompida que se ha hecho derrotar; es el justo castigo de su lujo desenfadado, de tantos días y tantas noches pasados en el juego, de las burlas y desprecios con que los señores abrumaban á «Jacques Bonhomme.» Se hicieron endechas populares: «De tales gentes, dice una de ellas, no puede decirse buena canción (2).» En ella se acusa á los nobles de haber pactado (*paction*) con los enemigos; han recibido «muchos dones» (*maint don*); «Francia está por siempre deshonrada por ellos.» Pero queda el pueblo y, en ausencia del rey, su hijo el delfín, que le vengará:

*S'il est ben conseillé, il n'obliera mie
Mener Jaque Bonhomme en sa grant compagnie.
Guerres ne s'enfuira pour ne perdre la vie* (3).

Carlos, delfín de Viennois, duque de Normandía, se encargó del gobierno con el título de lugarteniente del rey; aún no tenía entonces veinte años. La vida le había proporcionado una experiencia precoz y triste. Duque de Normandía desde fines de 1355, empezaba en su ducado el aprendizaje del gobierno y de la guerra, cuando fué llamado al Sur del Loira para la campaña contra el príncipe de Gales. En Poitiers abandonó el campo de batalla en seguida que su cuerpo de ejército se replegó. El rey, por prudencia, le había dado esta orden; pero la obediencia diligente del joven príncipe parecía anunciar que no tendría mucha semejanza con su padre.

Después de haber pasado á Ruán y ordenado las medidas necesarias para el gobierno de Normandía, llegó en 29 de septiembre á París, donde le esperaban las más graves dificultades.

No podía contar con toda la burguesía parisiense. La mayor parte de los ricos mercaderes no querían malquistarse con el gobierno; eran ellos los que proveían á los reyes y á los príncipes y les prestaban dinero, con buenas garantías; buscaban los grandes empleos financieros, que procuraban á la vez prestigio y provecho, y, para sus hijos, los oficios de las casas reales. Pero en la misma burguesía, otros sentimientos, sin duda muy

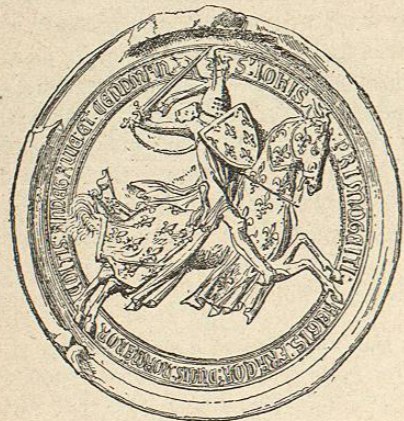
ne Marcel, par M. Perrens, «Bibliothèque de l'Ecole des Chartes,» XXI, 1859-1860, y *La France pendant la guerre de Cent Ans*, I, 1890. Denifle, *La guerre de Cent Ans et la désolation des Eglises*, I, 1899. N. Valois, *Le Conseil du Roi aux XIV, XV et XIV siècles*, 1888.

(2) *Complainte sur la bataille de Poitiers*, publicada por C. de Beaurepaire, «Bibliothèque de l'Ecole des Chartes,» XII, 1850-1851.

(3) «Si está bien aconsejado, no se olvidará de llevar á Jacques Bonhomme en su gran compañía. De guerras no huirá por no perder la vida.»

mezclados, la indignación contra la mala conducta de los negocios y contra los consejeros y oficiales del rey, la envidia contra advenedizos insolentes, salidos de las esferas burguesas y aun de más abajo, para ascender á los más altos honores, en fin, la ambición de desempeñar un papel, imitando el ejemplo de los grandes burgueses de Flandes, determinaban un espíritu de resistencia y quizás vagas intenciones revolucionarias. De hecho, al lado de una burguesía conservadora había una burguesía de oposición.

Esteban Marcel era el jefe de esta última. Podía fácilmente reclutar partidarios entre la clase inferior del pueblo, pequeños patronos y artesanos, obreros sin tra-



Sello del duque de Normandía

bajo, aldeanos refugiados, vagabundos é infelices de toda especie que la guerra había amontonado en París. Marcel era preboste de los mercaderes (1). Es difícil definir en aquella fecha esta magistratura, que se había desarrollado poco á poco. Representante de la asociación parisiense de los mercaderes del agua ó armadores, el preboste había ido adquiriendo sucesivamente grandes derechos. Casi todo el comercio de la ciudad dependía de él; tenía jurisdicción, exceptuando los casos reales, sobre todo el Sena, los puertos y los mercados; un tribunal, el Parlatorio de los burgueses, en el barrio de Saint-Jacques; oficinas, establecidas en 1357 en la *Maison aux Piliers* (Casa de los Pilares), cerca de la plaza de la Grève. Tenía la alta inspección de los pesos y medidas, y por consiguiente, ejercía autoridad sobre los aforadores, fieles almotacenes y corredores; cobraba tributos para la conservación de los puentes, puertos, calles y mercados. Bajo sus órdenes había toda una administración: jurados, asesores, prohombres, escribientes, alguaciles y otros. Era, pues, una potencia con la cual el delfín debía contar. Al recibirse la noticia de la jornada de Poitiers, Marcel había tomado el gobierno de la ciudad, en la que había hecho empezar grandes trabajos de fortificación.

El delfín debía temer, por otra parte, la oposición tenebrosa que perseguía á los Valois desde su advenimiento. Parece que, en efecto, haya habido un partido de adversarios de la nueva dinastía, al que habían en-

(1) El preboste de los mercaderes se elegía cada dos años. Marcel fué preboste desde diciembre de 1355 hasta julio de 1358: sin duda fué reeligido. Sobre el prebostazgo de los mercaderes véase Lecarón, *Les origines de la municipalité parisienne*, «Mémoires de la Société de l'Histoire de Paris», VII y VIII, 1880-88.

valentado las traiciones de muchos príncipes y barones, como Roberto de Artois, Juan de Montfort y Godofredo de Harcourt. Las violencias de Felipe VI y de Juan *el Bueno* se explican quizás por la inquietud perpetua en que les tenían los manejos de enemigos ocultos. Eduardo III era demasiado extranjero para ser, al principio, el jefe de esta oposición; á partir de 1356, por el contrario, Carlos *el Malo*, con sus pretensiones á la corona, es el indicado para dicho papel. Víctima del rey Juan, de resultas de incidentes inexplicados, encerrado en un castillo de Picardía, puede contar con la afeción de dos reinas de Francia, la viuda de Carlos IV, su tía, y la viuda de Felipe VI, su hermana; el cardenal de Boulogne, de la casa de Auvernia, arzobispo de Lyon, le quiere bien y le sostiene secretamente; los condes de Harcourt, de Foix, de Namur, Godofredo de Boulogne y Godofredo de Harcourt y numerosos nobles de Normandía y de Picardía le son adictos; gana partidarios hasta entre los familiares del rey Juan. El mismo Inocencio VI está lleno de bondad y de indulgencia para él. Después de Poitiers, esta oposición, sin descubrir aún sus intenciones más atrevidas, hace mucho ruido contra el mal gobierno. No hay para los burgueses de oposición, de París, alianza más atractiva que la del rey de Navarra.

II.—Los Estados de 1356 (2)

La reunión de los Estados generales del Langüedoil en París se había decidido el año anterior, y el delfín se encontraba en tal apuro que no podía aplazarla. La asamblea se abrió en 17 de octubre en la Cámara del Parlamento; era muy numerosa: más de ochocientos miembros, de los cuales la mitad eran representantes de las ciudades. Esteban Marcel, Carlos Toussac, un meridional elocuente, el teólogo Roberto de Corbie, Roberto Le Coq, obispo de Laón, se anunciaron desde el principio como los personajes más importantes de los Estados.

Roberto Le Coq había nacido en Montdidier, en una familia burguesa de «hacienda bastante reducida y pequeña (3)». Su padre había sido alcalde en Ruán. Educado en las escuelas de Orleáns, Roberto se estableció en París como abogado en el Parlamento. Llegó en pocos años á ser abogado del rey, relator del Consejo de Estado, «el primero de los clérigos» consejeros en el Parlamento, consejero del rey y del duque de Normandía. En el solo transcurso del año 1351 fué nombrado tesorero de la catedral de Ruán, sochantre de la iglesia de Amiéns, obispo de Thérouanne, obispo de Laón. El rey le encargó ciertas misiones en Aviñón y en Hainaut, y en 1354 le envió á Mantes para negociar el primer tratado de reconciliación con el rey de Navarra. Desde entonces Le Coq se había hecho «navarro», se ignora el porqué, quizás porque el rey de Francia no quería nom-

(2) FUENTES.—Douët d'Arcq, *Acte d'accusation contre Robert Le Coq*, «Bibliothèque de l'Ecole des Chartes», II, 1840. Delachenal, *Journal des Etats généraux réunis á Paris en octobre de 1356*, «Nouvelle Revue historique du droit», 1900.

(3) Sobre la biografía de Le Coq, consúltese á Delachenal, *La Bibliothèque d'un avocat du XIV^e siècle, inventaire estimatif des livres de Robert Le Coq*, «Nouvelle Revue historique du droit», 1887, y la *Histoire des avocats au Parlement de Paris*, 1885.

brarle su canciller. En todo caso, no ocultaba sus sentimientos hostiles hacia el rey. Según una especie de acta de acusación redactada contra él á fines de 1356, habría dicho á muchas personas, «por el gran odio que profesaba al rey,» que Juan «era de muy mala sangre y podrido, que no valía nada, que gobernaba muy mal, que no tenía derecho al reino, que había hecho asesinar á su mujer, en fin, que no tenía más conciencia que un perro.» Habría sugerido el asesinato de Carlos de España, y dado malos consejos á Carlos de Navarra. Le Coq parece haber sido un abogado elocuente y ambicioso, «ligero y peligroso de palabra y de muy mala lengua.» «Ahora es tiempo de hablar, decía él después de Poitiers; maldito sea quien no hablará, porque nunca jamás ha sido tiempo de hablar como lo es ahora.» Aparte de esto, por muy «navarro» que fuese, tenía justos motivos para acusar al gobierno real, y quizás creía obedecer á su conciencia.

En la primera sesión celebrada en presencia del delfín, el canciller Pedro de la Forêt contó el desastre de Poitiers y pidió consejo sobre la liberación del rey, sobre la guerra y sobre los auxilios. El delfín habló luego después «muy sabiamente y muy graciosamente.» El arzobispo de Reims, el duque de Orleáns, y por fin Esteban Marcel, en nombre de los tres órdenes, prometieron su buena voluntad, pidiendo solamente algún término para deliberar, y el convento de los Franciscanos para celebrar allí las sesiones de los Estados; lo cual fué concedido.

Siendo la asamblea demasiado numerosa, decidió nombrar una comisión que preparase el trabajo. Más de ochenta «elegidos» fueron designados entre los tres órdenes. Le Coq y Marcel habían hecho nombrar hombres que, si no eran «de la secta del rey de Navarra,» entendían que se debía ser riguroso con el gobierno por sus faltas y ponerlo en tutela, como el arzobispo de Reims, Juan de Picquigni, Carlos Toussac, Roberto de Corbie, Juan de Sainte-Aulde (1).

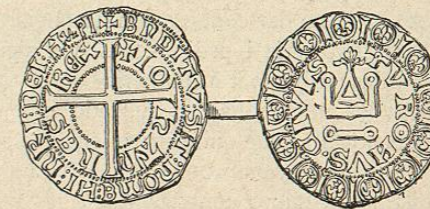
Los elegidos empezaron por prestar juramento de «que cosas que ellos hiciesen ó tratasen no las revelarían á persona alguna;» juraron también «que serían todos unos y aliados en lo que acordasen y ordenasen juntamente.» Los partidarios del delfín declararon que tales juramentos «eran contra las buenas costumbres,» y los calificaron de «manera de conspiración y monopolio.» El delfín había encargado á algunos de sus consejeros que presenciasen las deliberaciones de los elegidos. Pero, al cabo de dos días, «se les hizo sentir y decir que dichas gentes de los tres Estados no harían ninguna tarea en tanto que las gentes del Consejo del rey estuviesen con ellos,» y los consejeros se retiraron.

Los elegidos deliberaron más de quince días «de suerte que aburría á varios.» Como la reforma más urgente les parecía ser la de revocar á los malos consejeros que rodeaban al rey y al delfín (2), formaron la

(1) El acta de acusación contra Roberto Le Coq lleva al dorso los nombres de treinta y cuatro elegidos, sin duda aquellos que para el autor de este alegato eran los más sospechosos de pertenecer á la «secta del rey de Navarra.»

(2) N. Valois, *Le Conseil du Roi aux XIV^e, XV^e et XVI^e siècles*, págs. 5-16, ha reconstituido la biografía, casi el rollo judicial de Simón de Bucy, de Roberto de Lorris, de Juan Poilevain y de Nicolás Braque. Véase más arriba, pág. 435, lo que se ha dicho acerca del particular.

lista de sus fechorías y expusieron las miserias del pueblo: las exacciones de los oficiales reales han «gravado mucho al pueblo de Francia;» el gobierno de las monedas ha «empobrecido muy grandemente al pueblo;» «los grandes gobernantes» se han enriquecido, pero «el pueblo es muy pobre;» «algunos del pueblo se han echado adelante» para obtener justicia de los oficiales del rey, pero cuando han visto el favor concedido á sus opresores «no se han atrevido, ni se atreven á quejarse.» Los abusos han sido muy grandes, puesto que «varios se han marchado con tal indignación y con tanta pobreza, que ellos, que eran franceses, se han hecho ingleses. Hasta «las personas de la Santa Iglesia» han sido oprimidas. A estas recriminaciones, Roberto Le Coq añadió sus quejas sobre la cautividad del rey de Navarra:



Moneda de Juan el Bueno

«Mientras esté preso, no sucedería nada bueno para el reino de Francia, ni mientras estuviese detenido, nadie debería seguramente ni en buena conciencia luchar contra los enemigos.»

Después de haber, por fin, acordado sus peticiones, los elegidos las hicieron aprobar «palabra por palabra» por cada uno de los Estados separadamente. Después convocaron al delfín para asistir al convento de los Franciscanos, y allí le pidieron el secreto que él no quiso prometer. Sin insistir, le comunicaron los tres puntos esenciales de sus demandas: revocación de sus principales consejeros, nombramiento de un nuevo consejo salido de los Estados, libertad del rey de Navarra. Lo demás se reservó para más tarde. En cambio, los elegidos ofrecían las cantidades necesarias para el sostenimiento de treinta mil hombres de armas durante un año. El delfín negoció por espacio de dos días para obtener alguna concesión; pero los elegidos fueron inflexibles y los consejeros del joven príncipe le instaron á ceder.

La sesión en pleno de los Estados debía verificarse el lunes, víspera de Todos los Santos; pero, en una última reunión del consejo, celebrada aquella mañana, á la que el delfín había sin duda convocado á la mayor parte de aquellos que los elegidos habían amenazado, prevaleció el parecer de que los Estados querían destruir el poder real y que, por otra parte, el auxilio por ellos ofrecido era insuficiente: en resumen, que valía más resistir. «Una gran multitud (*moult grand peuple*) se había reunido, aguardando la sesión, En la sala del Parlamento, en lugar del delfín, aparece el señor de Haugest, quien llama al lado del príncipe á algunos de los miembros de los tres Estados, los más influyentes de cada orden. El delfín fué á su encuentro «á la punta del palacio;» les dijo que se habían recibido graves noticias del rey, su padre, y de su tío, el emperador, y les dió tan buenas razones que consintieron en aplazar la sesión hasta el jueves, 3 de noviembre.